

VENANCIO LISBOA

LA POESIA O LA CREACION POR LA PALABRA

ESTE asunto es de una valoración amplísima y por lo mismo factible de ser abordado desde muy diversos ángulos estéticos. Sin embargo, y teniendo presente que nuestro objeto preferente es acercar la Universidad al hombre de las ciudades, no iniciado por lo general, en estas disciplinas académicas y en mi deseo, además, de que esta charla ahonde y difunda esta preocupación relevante que es la Poesía para todo chileno —no en vano nos enorgullecemos de contar con los más altos exponentes de la lírica castellana en nuestro siglo—, abordaré el asunto por su origen inicial entrando a la materia poética por su puerta primitiva, esto es, por el nacimiento de la poesía y de lo poético como vivencia del espíritu humano.

La anchura y amplitud de este orden de concepciones son tales —sin embargo— que sólo una anécdota autorizada explica la variedad de caminos empleados hasta ahora para el ingreso a la esencia de la Poesía. El poeta francés Lucien Fabre solicitó a Paul Valéry que le prologara su libro "Le connaissance de la Deese"; Valéry, en vez de prologar derechamente el libro, escribió en cambio a modo de prólogo, uno de los ensayos sintéticos más decisivos para enjuiciar la poesía de todos los tiempos.

Entre otras cosas, expresó allí textualmente:

"Ni el objeto propio de la poesía, ni los métodos para alcanzarla se hallan dilucidados. Y como quienes los conocen, se callan, y quienes los ignoran disertan, toda exactitud sobre estas cuestiones sigue siendo individual. Está, pues, permitida la mayor oposición entre las opiniones y hay para cada una de ellas ilustres experiencias y diversos ejemplos, todos muy difíciles de negar".

Invoco esta cita textual del poeta más grande que haya producido el mundo latino en nuestro siglo para justificar la vaguedad y multitud de las sendas que son posibles de emprender en esta tarea de aproximación a la creación por el lenguaje.

Por mi parte creo, no obstante, que un retorno a los orígenes del problema, y quiero decir con ello, una vuelta a los orígenes de la poesía, pueda darnos un comienzo certero para la revelación del misterio poético. Remontemos, pues, juntos la historia de la Humanidad hasta los inicios de la palabra hablada. Por mi parte, sacrificando la extensa fronda informa-

tiva sobre la materia sintetizaré con extremo rigor la voluminosa bibliografía existente que va desde el campo de la Antropología Filosófica al de la Filosofía pura y de éste al de la Estética, empleando para ello un método directo y generalizador, hasta lograr el propósito de introducirnos a los más a este tema apasionante.

Retornemos a aquel punto o estadio primitivo de la sociedad humana, en que el hombre, ya en posesión de la palabra como herramienta del pensar, balbuceaba coherentemente expresiones verbales que le permitían transferirse el uno al otro sus experiencias, así como sus dolores y alegrías. Tal etapa de la vida de nuestros antecesores es denominada comúnmente por los antropólogos el mundo del hombre adánico.

Pues bien, tal hombre, entregado espontáneamente en su más pura orfandad y desnudez a las alternativas de la naturaleza y en convivencia directa con ella, sintióse, las más veces, rodeado de toda suerte de peligros y de riesgos visibles e invisibles. Carente de toda técnica para la lucha por la existencia y para su defensa contra la hostilidad del medio no ha creado aún los arbitrios ni los recursos destinados a contrarrestar los peligros que le depara la naturaleza. El mundo resultábale —en suma— una especie de ser multiforme tan vivo como él mismo, que además de proporcionarle su alimento lo acechaba las más veces con diversos cataclismos naturales.

De esta creencia en la naturaleza como ser vivo, pleno de potencias y reacciones inesperadas, nació al hombre la intuición —gratuita o no— de que si los poderes misteriosos del universo eran invocados de modo apropiado éste no podía negarle su comprensión ni su auxilio.

Como consecuencia de esta inocente apreciación surgió el hechizo de las palabras mágicas destinadas a entablar relaciones directas con el bravo mundo natural y, de ser posible, destinadas también a someterlo a sus designios y al mandato de su voluntad mediante el uso de ciertas frases claves que constituyeran un idioma comprensible a esta veleidosa fuerza natural. De ello resulta que a esta altura de los tiempos, mito y lenguaje fueron términos correlativos y coincidentes en una amplia esfera de operación.

He aquí, sin embargo, una primera experiencia ingrata para nuestros ancestros.

Con el correr del tiempo y las generaciones, comprobó el hombre, a su pesar, que la naturaleza resultaba las más veces desobediente o inexorable a sus demandas porque no comprendía su lenguaje mágico o se regía por otra suerte de artificios en los cuales el lenguaje tenía poca o ninguna participación.

El descubrimiento de la impotencia de la palabra hablada para la dominación del mundo físico, debió producir en nuestros remotos abuelos el efecto de un choque traumático de graves consecuencias. Y como resultado de esta experiencia dramática el hombre primitivo sintió ahondarse en su interior el sentimiento de una profunda soledad rayana, a todas veras, en la desesperación.

Sin embargo, es a raíz de esta frustración abisal como el ser adánico obtuvo la consecuencia insospechada de su propio mundo interior. Y de este modo notó agrandarse sin preverlo las entrañas de su propia conciencia, en cuya intimidad pudo cobijarse a obtener el beneficio de aquella seguridad para sí mismo que le negara la realidad circundante.

La mayoría de los antropólogos encuentra el origen de las artes, y en especial el de la poesía, vinculado a este presumible y extenso acontecimiento de la historia humana.

Es preciso remarcar, sin embargo, que este proceso fue de una extensísima duración, pues de la magia derivaron nuestros ancestros a la mitología, fundada en esencia en los mismos estamentos que su antecesora la magia, con la única diferencia que en la mitología las invocaciones van dirigidas a dioses tutelares más variados, numerosos y específicos, que gobiernan cada fuerza o elemento de la naturaleza.

Una vez obstruido el camino mágico del lenguaje, el hombre derivó la palabra a la exaltación de sus propias emociones y de su particular sensibilidad. Y así como la naturaleza no se había abierto al conjuro del lenguaje, por el contrario, la vida interior de los seres cedió dócilmente a la comunicación, interpretación y difusión de sus valores privativos.

Volviendo otra vez a Valéry, investigador insustituible, resulta sugestiva, por lo coincidente, la anotación que éste realizara en aquella otra pequeña obra maestra titulada "Yo le decía a veces a Stephane Mallarmé", y que reza así:

"La poesía se relaciona sin duda con algún momento de la humanidad anterior a la escritura y a la crítica.

"Encuentro, pues, a un hombre muy antiguo en todo poeta verdadero. Este hombre bebe aún en las fuentes del lenguaje. Inventa versos más o menos como los primitivos debían crear palabras o antecesores de palabras.

"El don de la poesía me parece atestiguar una especie de nobleza que se fundaría sobre la antigüedad actualmente observable en las maneras de sentir y de reaccionar."

Hölderlin, otra cumbre del pensamiento poético occidental, corroborando

esta tesis antropológica con muchísima anterioridad al nacimiento de esta ciencia moderna que es la Antropología Filosófica, nos otorgó la síntesis del pensamiento poético creador al afirmarnos enfáticamente que "Es por la poesía y sólo por la poesía como el hombre había vuelto habitable la tierra."

He aquí, pues, planteada en términos generales la problemática del lenguaje creador, o más bien, de la esencia primaria de lo poético como fluencia del ser hacia sí mismo después de quebrada y rota la virtud mágica de las palabras ineficaces para el exorcismo.

Ahora bien, teniendo presente que las vivencias emocionales, por lo mismo de subjetivas y, por tanto, ajenas a la realidad del mundo exterior sensible, resultan indomeñables a un lenguaje representativo directo. Habida consideración, además, a que para la cabal comunicación y entendimiento de las emociones no bastó al hombre con atribuirles nombres o gritos determinados y diferentes por muy específicos y concretos que éstos hubieran sido, irrumpió entonces como arbitrio, artificio o recurso al plano de la conciencia el proceso comparativo de la metáfora. Verbigracia, el canto de amor del primitivo debió constituir una permanente apelación al ejemplo para la traducción de su sensibilidad y así el hombre amó a la mujer "con el amor de un palomo por una paloma". El valiente fue bravío "como un león". El traidor lo fue "como un reptil silencioso y oculto", etc. . . . Estos ejemplos pueriles podrían multiplicarse hasta el infinito para demostrar que el origen de la metáfora, sillar y fundamento de toda poesía, se encuentra precisamente en el afán natural de los seres primitivos de traducir su sensibilidad mediante paralelos con el juego de las cosas del mundo real.

De este modo es manifiesto que partiendo de la extrema simplicidad de la metáfora representativa de la vida subjetiva y de sus estados emotivos originóse la poesía como medio de traducirse un hombre al otro aquella esfera de la vida afectiva carente aún de vocabulario propio y de una nomenclatura verbal que pudiera representarla.

Es curioso remarcar, de paso, que es desde este comienzo necesario de donde ha evolucionado el género poético con el correr de los siglos hasta la extrema complejidad que es dable observar en la poesía contemporánea. La poesía no ha perdido en un solo instante de su existencia esta raíz comparativa del mundo interior y la objetividad mediante el uso de la metáfora, pues, no obstante el tiempo transcurrido, ésta sigue siendo el medio más fidedigno para traducir las instancias emotivas de los seres humanos.

Me atrevería a afirmar que todo otro tipo de poesía a lo largo de la historia perece en lo anecdótico y en lo circunstancial y entra de rondón en

otra esfera ajena a la suya propia: la de la prosa, por mucha y de muy buena ley que sea la retórica con que se la engalane, simule o adobe.

La ancestral dificultad de los hombres para exteriorizar su más honda sensibilidad sigue siendo la misma hoy como antaño y el modo de extraversion mediante su transformación metafórica sigue, asimismo, siendo el mismo e idéntico sin que se haya creado hasta hoy otro recurso igualmente eficaz para representar la última verdad interior de los seres.

Lo único logrado, a buen seguro, es la complicación hasta lo infinito de este proceso original.

La poesía de hoy, por lo general, es de una extrema complejidad, mas lo cierto es que sin salirse de los márgenes anotados, las formulaciones respetables de la poesía contemporánea son de esta naturaleza en la medida de la complejidad del mundo en que vivimos. La evolución de las relaciones humanas, el progreso de las ciencias y de la técnica aplicadas a los sistemas de convivencia social, la angustia y el desencanto vital que es dable apreciar en buena parte de la poesía contemporánea, obedecen exclusivamente a la instancia del medio que nos toca vivir, mas no a una innovación de ese origen primero del cual surgió la poesía en el hombre primitivo.

El único fenómeno que es dable comprobar en la evolución de la metáfora es el alejamiento entre ambos extremos comparativos que la constituyen, esto es entre el interno y el externo de validez general que transforma la vivencia inicial sentida por el hombre. En efecto, desde hace aproximadamente un siglo a esta parte, ambos extremos se distancian y siguen haciéndolo en tal manera, que para los no iniciados en el misterio poético pareciera que los poetas actuales no escriben poesía sino una suerte de extraño mensaje incomprensible y muchas veces absurdo y sin sentido. Ya el Conde de Lautremont reparó en este hecho sugerente y lo propuso como preceptiva para los poetas de su generación y los del futuro. Dentro de esta tónica un gran poeta francés de hoy, Benjamín Peret, puede crear temerariamente la siguiente metáfora, cuya traducción libre es más o menos la siguiente: "Una herida casual en la mano de un hombre y por la cual se vierte su sangre, es como si un gato entrara furtivamente a la cocina y hurtándose una chuleta echara a correr velozmente hacia el patio."

No hay duda que hay una distancia considerable entre esta compleja metáfora y la que yo atribuí al hombre primitivo al decir que aquél amaba a su mujer como un palomo a una paloma. Sin embargo, el proceso es el mismo y no ha variado un ápice en lo esencial.

Para terminar, es preciso dejar constancia que en los últimos tiempos la

poesía, o más bien una parte considerable de ella, está retornando no sin esfuerzo a un grado de lógica y sensatez que la trae del Olimpo enfermizo y un tanto morboso en que a veces se ha colocado, para situarse una vez más al alcance de la clara comprensión y la sensibilidad del común de los seres, a servir como otrora a la exaltación de los sentimientos más hondos que no tienen otro medio de expresión ahora como en todos los tiempos.

ELIANA NAVARRO

### EL PAISAJE EN MI POESIA

QUIERO PEDIRLES que no vean en estas sencillas palabras que van a oír, un estudio fundamental sobre profundos temas literarios, sino que sientan que ellas expresan sólo el deseo de conversar con ustedes, de acercarme a ustedes y mostrarles algo de mi mundo interior, estableciendo esa comunicación, ese contacto que todo artista necesita.

Felizmente está ya lejana la época en que el poeta, el autor en general, rehuía hablar de sí mismo; tal vez por una falsa modestia, por excesiva timidez o porque temiera realmente no conocerse.

Aunque reconozco que me cuesta inmensamente vencer mi timidez, hablaré de mí misma, por parecerme que es la mejor manera de establecer esa comunicación a que he aludido y por creer que es este tema el que conozco mejor. Hablaré del significado del paisaje en mi poesía, su raíz, su verdadero alcance, terminando con la lectura de tres poemas que, me parece, son los que mejor aclaran lo que voy a explicar.

Entiendo por paisaje, en poesía, de una manera amplia, el medio exterior que rodea al poeta, el escenario, si pudiéramos llamarlo así; y de una manera restringida, la naturaleza, los elementos físicos: el mar, la montaña, la lluvia, el viento. Es precisamente a este último aspecto restringido al que voy a referirme dentro de mi poesía.

En la poesía épica, el paisaje tiene un lugar predominante. Ella nos da a conocer muy bien el escenario en que se mueven sus héroes. Lo determina claramente, lo describe incluso con delectación. El "Arauco Domado" y "La Araucana", por ejemplo, nos muestran el paisaje en hermosas octavas.

En la poesía dramática, especialmente en la llamada clásica, las tres unidades: de forma, de tiempo y de lugar, nos encuadran la acción en un determinado escenario. Aún hoy, en que la rebelión contra las normas rígi-